

## McNamara y la deformación intelectual de la Inteligencia militar

Por Gustavo Druetta

Revista Unidos N° 11/12, octubre de 1986

A través de recuerdos personales narrados con humor, el autor de la nota realiza una aguda crítica a los planteos ideológicos que ganaron a las fuerzas armadas argentinas a partir de la década del 60.

Entre febrero y mayo de 1965, en el Curso Básico para Subteniente en la Escuela de Artillería "Tte. Gral. Eduardo Lonardi", contemplábamos con los ojos deslumbrados de militares nativos o "indígenas" (jerga empleada en los '60 por Robert McNamara en sus informes al Capitolio), los obuses de bruñidos tubos 105 mm cedidos en préstamo por EE.UU. a la Argentina. Recuerdo las excelentes clases de táctica del capitán Máspero bajo cuya dirección desarrollamos con otro subteniente, actual teniente coronel del Estado Mayor, un ejercicio de "cambio de posición" de una batería bajo hipótesis de combate "irregular". Mientras a mí me correspondió su representación en la mesa de arena, a mi camarada le tocó su condición en el terreno, obteniendo entre ambos la máxima calificación.

Había algo distinto en ese primer perfeccionamiento como oficiales, respecto de lo practicado con el teniente Antonio Balza en el Colegio Militar.<sup>1</sup>

Pero, a principios de la década de 1960, los EE.UU. habían decidido que el militar criollo debía ser reentrenado. No todos los jóvenes oficiales argentinos debían permanecer en la órbita de la preparación para la guerra convencional. Había que despertarles una nueva vocación acorde con la estrategia norteamericana en América latina. Es decir, la diseñada por el secretario de Defensa de los EE.UU., Robert McNamara, quien desempeñó el cargo entre 1961 y 1968, casi el término completo de mi corta carrera militar ya que pedí la baja a mediados de 1969 y me fue concedida en marzo de 1970.

En su libro *La esencia de la Seguridad* (1968) decía McNamara: "Hemos reorientado por completo nuestra política militar hacia América latina durante los últimos siete años (...) en línea con la naturaleza y alcance de la verdadera amenaza que tenemos al Sur". Consideraba muy poco probable el ataque a un "Estado americano" desde afuera del hemisferio y afirmaba que era innecesario el sostenimiento de grandes fuerzas militares convencionales en los países latinoamericanos. Concluía: "Así, pues, nuestra política de ayuda militar está proyectada para limitar sus compras, en clases de material y costos, de modo que mejoren su seguridad interior... El problema compartido por las naciones del TIAR –firmado en 1947, en Río de Janeiro, y ratificado por el Congreso Argentino en 1950 considerando dentro del espacio a defender a las islas del Atlántico Sur– sólo era para McNamara la "insurrección armada". La Seguridad Hemisférica requería, pues un militar nativo tipo Rambo, del cual el joven teniente Mohamed Alí Seineldín (ver "El Periodista" N° 76) era un precoz prototipo cuando a principios de los '60

apostrofaba a su compañía de infantería del Colegio Militar: "¡Cadetes, la guerra es linda, los hombres la hacen fea!"

Aquella noche del ejercicio táctico artillero en las serranías cordobesas de Pampa de Olaen, en el otoño de 1965, mientras mi compañero de equipo actuaba como oficial de batería y marchaba con sus camiones y obuses prevenido contra un ataque de partisanos enemigos, yo – transformado en jefe de los irregulares con un pelotón de divertidos soldados– me dedicaba a dar veracidad al juego de guerra derrochando balas de fogueo en el recodo del camino prefijado para la emboscada. Resultado del combate (también prefijado): derrota de mis fuerzas por un contraataque de los sirvientes de pieza desplegados en los flancos de la columna como cazaguerrilleros. Protagonistas del combate: los fusiles FAL modelo belga, los fusiles ametralladores FAP y las bombas de estruendo (a cambio de granadas). De los obuses nada; hubiera sido como querer matar mosquitos con una maza de demolición. El enemigo de la Argentina en 1965 no era convencional. Así lo había decretado la potencia hegemónica preocupada, previsoramente, por las aventuras de cuatro desaparrados del "Ejército Guerrillero del Pueblo", que en 1964 habían querido imitar al Che Guevara en la selva salteña.

Si bien el teniente coronel y el sargento norteamericano que nos habían obsequiado a cada subteniente una plancheta de tiro de excelente material –a la altura técnica de los obuses prestados– no se acercaban demasiado a nuestros puestos en el centro de dirección de fuego, o como topógrafos u observadores adelantados (pues algunos cañonazos "convencionales" estaban permitidos), es verdad que observaban con ojos de raza superior nuestras evoluciones. Eran veteranos de Vietnam vestidos con las boinas e indumentarias que hemos visto en "Apocalipsis Now", lo que provocaba la crítica burlona de algunos compañeros que tenían fama de nacionalistas. El anticipayismo yrigoyenista–peronista todavía tenía fuerza en el ethos castrense nacional. Pero ninguno de nosotros sabía que el 10 de mayo de 1964 los ministerios de Relaciones Exteriores y de Defensa del gobierno del Dr. Arturo Illia, habían firmado con los EE.UU. un pacto militar.

Honduras, en 1954, había sido el primer país en firmarlo. Y la Argentina era el último mohicano que quedaba fuera del redil de la seguridad nacional hecha ideología militar. Comparando los textos de ambos tratados, Horacio Veneroni (en EE.UU. y las FF.AA. de América latina, 971), llegaba a la conclusión de que el acuerdo argentino–norteamericano estaba lejos de ser el resultado de una negociación donde las partes hubiesen cedido mutuamente algunas de sus posiciones. Por el contrario, se había subordinado la soberanía argentina a la ley de asistencia al exterior y al Programa de Ayuda Militar (1952) de los EE.UU. El gobierno radical y los militares intervinientes –concluye Veneroni– "habían aceptado en su totalidad las cláusulas impuestas por el otro gobierno". La única diferencia con el pacto EE.UU.–Honduras había sido el agregado de un párrafo remitiendo a las resoluciones aprobadas por el Dr. Arturo Frondizi en 1962 en la 8a Reunión de Consulta de los Cancilleres Americanos, las mismas que declaraban "la incompatibilidad del comunismo con el sistema americano".

Al no existir ninguna materia de política internacional en el Colegio Militar ningún subteniente sabía nada sobre el TIAR, el PAN y los pactos bilaterales en materia bélica. Y aunque durante las charlas del cura Meinvielle para el cuerpo de cadetes aprovechábamos para cabecear un sueñito (que a veces costaba un arresto), el anticomunismo más irracional –y como subpro-

ducto el antipopulismo— acompañado de la convicción sobre la "debilidad" de la democracia contra sus peligros, había entrado por todos los poros de los que pasábamos nuestros verdes años sometidos a una educación absolutamente segregada de la sociedad. Mientras el citado vicario castrense desplegaba sus gráficos sobre la conspiración judeo—marxista contra el occidente cristiano, el máuser era reemplazado por el FAL, y la garibaldina y bombacha militar por el uniforme "guerrillero" (curiosa denominación dada a la cazadora y pantalón estilo yanqui), los planes de instrucción adquirirían crecientes cuotas de entrenamiento tipo guardia nacional de republiqueta bananera.

No disponíamos de elementos conceptuales para darnos cuenta de que, a posteriori de los enfrentamientos entre peronistas y antiperonistas de las décadas de 1940 y 1950, y de los apoyos tanto del radicalismo balbinista al golpe contra Frondizi en 1962 y del desarrollismo—vandalismo al golpe contra Illia en 1966, las FF.AA. habían terminado consolidando un militarismo "apolítico" que en realidad las constituía en el partido armado de la dependencia. Y así como los políticos civiles necesitaban fondos para captar votos, los políticos armados necesitaban máquinas de matar —o disuadir— para prescindir de los votos. Junto con las armas, prestadas o cedidas a costos mínimos, venían las instrucciones doctrinarias. No sólo sobre cómo usarlas sino para qué y contra quién emplearlas.

Todo ello McNamara lo tenía bien diseñado. Los superbombarderos que en Vietnam martilleaban la ruta de Ho Chi Min no servían para reprimir huelgas o raquíticas guerrillas en la Argentina. Ni siquiera los helicópteros artillados eran aconsejables para disolver manifestaciones estudiantiles. Con adosar lanzagases a los blindados el ejército era rápidamente convertido en policía reforzada. Pero los objetivos eran los mismos. ¿Acaso defender los intereses nacionales del país receptor de armamentos? La legislación de la gran democracia del Norte no contenía ninguna ambigüedad al respecto. Tanto la ley de asistencia militar como la de ventas militares al exterior estipulaban que los préstamos y ventas de armas y equipos bélicos debían ser siempre "en beneficio del fortalecimiento de la seguridad de los EE.UU.". Por si fuera poco, el país receptor debía permitir "en la forma que el presidente (de los EE.UU.) lo requiera, la observación y revisión continuada por parte de —y suministrará la necesaria información a— representantes del gobierno de los EE.UU. con referencia al empleo de dichos elementos".

La seguridad de los EE.UU. y el buen uso de la ayuda militar incluía, para los subtenientes de infantería del Curso Básico de 1965, que no seguían la especialización de paracaidistas, la obligatoriedad de optar por el curso de comandos. De tanto en tanto, los infantes instalados en la Escuela del arma "Tte. Gral. Pedro E. Aramburu", también en La Calera, nos relataban las extrañas experiencias por las que tenían que pasar en manos de los instructores norteamericanos del cuerpo de rangers, obviamente también veteranos de Vietnam. Plusvalía educacional adicional a cambio de ayuda militar, con la cual contaría para el futuro el entonces Jefe del Batallón de Infantería del Colegio Militar —luego del Cuerpo de Cadetes— teniente coronel Jorge Rafael Videla.

Los camaradas del curso comando no se perfeccionarían en la conducción de una compañía contra formaciones de infantería o blindados de un enemigo exterior. Aprenderían, en cambio, a comer raíces y víboras representando por turno el papel de enemigos internos de la seguridad en el medio rural. Y cuando eran capturados por sus compañeros cazaguerrilleros, debían

practicar la resistencia a interrogatorios y largos encierros en pozos de un campo de concentración armado "ad hoc", coronados por chapas de cinc que eran golpeadas continuamente por personal del campo como método de "ablandamiento". "A veces –contaban los iniciados en el arte del aniquilamiento– hasta nos llegaban a sacudir contra un tablado dentro del perímetro alambrado, sin lastimarnos pero bajo fuerte presión psicológica luego de largas horas con los ojos vendados y sin probar bocado ni agua". Las técnicas para quebrar al enemigo rojo –know how de la inteligencia dependiente– no podían quedar en la mera teoría. Más de uno de aquellos casi adolescentes subtenientes, habrása preguntado con cierta perplejidad por el tipo de profesión que había abrazado. Algunos otros, habrán ido descubriendo otras vocaciones más sórdidas que nada tenían que ver con el culto al "honor militar" y la misión de la defensa nacional.

Aquellos subtenientes de ayer, tenientes coroneles de hoy y generales de mañana tuvieron en 1965, el bautismo del "seguritismo" más ortodoxo. Los vietnamitas del norte y los cubanos serían el modelo de enemigo introyectado para interpretar al "extranjero interno" de la década de 1970 (tal expresión se lee en una reseña histórica del ejército, distribuida en las escuelas por el Proceso). A fines de aquella década, los nicaragüenses sandinistas pasarían a ser el ogro de la película. Ignorado quedaría el llamado de atención de McNamara en 1966 sobre el probable fracaso de la guerra contrarrevolucionaria como método principal para dar seguridad a la política exterior de los EE.UU. en los países "amigos". McNamara dejaría el cargo en la Defensa en 1968 desilusionado por sus escasos logros en Indochina y en América latina. No contaba con que los militares argentinos, ignorando su viraje teórico, llevarían hasta sus últimas consecuencias la espiral del terror reforzando su tesis. McNamara advertiría, tardíamente, que "los EE.UU. no tienen un mandato para hacer de policía del mundo" ni para salvar regímenes tambaleantes que provocan la violencia contra ellos porque no atienden al desarrollo de sus pueblos. El nuevo slogan que lanzaría para América latina, Seguridad y Desarrollo, significaba que sin desarrollo no puede haber seguridad por más represión que se oponga a "la trágica necesidad de que los hombres desesperados recurran a la violencia para conseguir sus imperativos de decencia humana". Palabra de McNamara en Montreal, en 1966. Una generación de militares argentinos desarrollistas adoptaron este punto de vista, aunque no pudieron –y no quisieron– desmontar la trampa al colocar a la Seguridad como objetivo del Desarrollo; en tanto se trataba de la seguridad nacional de los intereses de los EE.UU. en la región.

Luego del Cordobazo, en 1969, junto a la aparición de la guerrilla urbana, algunos de ellos reflexionaron. Decía el general Guglielmelli en 1971: "debemos estar atentos al orden que se guarda, pues un orden sin cambio, significa la preservación del 'statu quo', la subsistencia del privilegio y la opresión". Pero, a pesar del aggiornamento de McNamara y del nacionalismo populista de Guglielmelli, el mal ya estaba hecho. La política dependiente se había hecho metástasis en los cuadros de inteligencia de todas las promociones y de todas las armas. La supremacía de las tareas de espionaje político en las FF.AA. había tronchado vocaciones juveniles más provechosas para la defensa nacional y para las garantías individuales de los argentinos. Quizás la reciente visita de McNamara haya hecho recordar a Alfonsín la urgencia de reconvertir, ideológicamente, y neutralizar, políticamente, a la inteligencia militar cuya deformación intelectual se inició bajo los designios de su "ilustre" visitante. Es una de las condiciones para que la película de 1963–1966 no se repita como en 1976.

## NOTA

1 Es el mismo que en 1982, como jefe de un grupo de artillería, combatiera tan eficaz y valientemente a los ingleses, logrando la admiración de sus soldados y el reconocimiento del comandante de las fuerzas de asalto británicas. Es sabido que si la artillería argentina en las Malvinas hubiera dispuesto de los 150 cañones 155 mm de largo alcance que quedaron en Santa Cruz, en lugar de sólo dos que entraron en acción, hostigando incluso a los buques de la Task Force, quizás otro habría sido el resultado. Como lo reconoció el propio Cte. Moore quien tuvo que cambiar precipitadamente su puesto de comando horquillado por sus impactos.